

Mauricio Fabry

Escritores vistos por un escritor soviético ⁽¹⁾



ON doce ensayos de Ilya Ehrenbourg. El más antiguo data de diciembre de 1932 y el último de hace pocos meses. Pero no es una recopilación invertebrada de artículos. Se presentan más bien como gavilla duramente atada; todos estos escritores están vistos desde un mismo punto: ¿Qué valor humano tienen las obras de los literatos hoy más famosos?, se pregunta Ehrenbourg. ¿Qué resonancia humana dan Duhamel, Maurois, Mauriac, Morand, Romain, Unamuno? Ninguna, o casi ninguna.

Ehrenbourg es un polemista mordaz, bien lo saben los lectores de la sátira del mundo de los negocios, titulada: «10.C.V.», grueso tomo de cuatrocientas páginas que todos hemos tragado de un solo aliento, agarrados por su andar endiablado, su ritmo vertiginoso.

(1) El autor de este artículo es un joven escritor belga que vive desde hace algún tiempo entre nosotros. «Atenea» ha publicado algunas colaboraciones que denotan, desde luego, un espíritu muy agudo y una rica cultura literaria.

Un Ehrenbourg (al igual que un Leon Daudet, un Leon Eloy o un Georges Bernanos) no trata de convencernos por medio de rigurosos raciocinios; sencillamente nos contagia su fiebre. La calidad esencial de un polemista es la alegría de pegar. Por supuesto, esta alegría no basta, pero de ella no se puede prescindir. Y, por supuesto también, una vez cerrado el libro, el lector vuelve en sí, discute con el autor, trata de recobrar el terreno invadido por el aluvión. Y es entonces cuando sabemos si esa obra tan divertida, es divertida sin más, si son sólo «verba et voces», o si encierra alguna realidad, alguna novedad, o alguna fe.

Así hemos leído los retratos que ha burilado Ehrenbourg. No nos acordábamos de protestar cuando decía: «En la vida, Mauriac conoce una sola cosa: la podredumbre. Su tema es la carne en descomposición, la carroña que verdeguea. Es un valiente sepulturero. Conduce al cementerio los cuerpos de los bubónicos».

Paul Morand: «El libertinaje se aliaba con la desesperación. Así nacieron los primeros cocteles. Así nacieron los salones bolchevisantes, que confundían la Revolución de octubre con las síncopas del jazz. Los proyectos de rascacielos, los versos de Cocteau, las sillas en que nadie se puede sentar, el culto del freudismo y la espera de la catástrofe inminente, todo eso nos lo servían con los cocteles, como señas de la Revolución del espíritu. Las cosas, con preferencia, se hacían de noche: «Abierto de noche» o «Cerrado de

noche». Uno de sus libros se titula con más franqueza aun: «La Europa galante».

André Maurois: «Es el escritor de esa Francia que vota por los republicanos, que come pato «a la rouennaise», y que hace su siesta en butacas cuidadosamente enfundadas. Para sacarla de su somnolencia, no hay sino las intrigas del Parlamento o los crímenes sensacionales..... El curso de la historia se le figura un agradable paseo en las avenidas de Vichy o de Vitel. Esa Francia, nadie la cantará mejor que André Maurois».

Para Ehrenbourg, cuando George Duhamel vitupera la invasión de la maquinaria, personifica el espíritu reaccionario de ese país donde «cualquier tentativa de agresión contra un vestigio del pasado—aunque sea un urinario—provoca general indignación..... Las vejeces, Duhamel las quiere, no como un arqueólogo, sino como un padre de familia fiel a las tradiciones».

En cuanto a Unamuno (el único escritor no francés estudiado en este libro), reconoce que es un poeta y un filósofo sutil, que supo, además, hace diez años, rebelarse contra la dictadura, y, ya viejo, llevó en exilio la vida de estudiante pobre. ¿Pero ahora? Ahora escribe artículos moderados para «El Sol». Este hombre, que parecía atraído por todos los extremos, ya no es en política ni realista, ni anarquista: está instalado confortablemente en el Centro. No ha visto que en nuestro tiempo «no se encuentran terrenos neutrales»; no los hay

siquiera en aquel mundo superior donde quiere vivir el filósofo Miguel de Unamuno».

Ehrenbourg tiene indulgencia—y admiración—sólo para André Malraux y André Gide. Malraux, autor de «La Condición Humana» y último premio Goncourt, le parece demasiado complejo, «los héroes de su novela tienen un espiritualismo insólito», raciocinan demasiado; pero en una reunión pública, Malraux ha declarado hace poco: «Si estalla una guerra, debemos saber que no tenemos sino una patria: La Unión Soviética. Nuestro sitio está en las filas del Ejército Rojo».

¿Y Gide?—Su ruidosa conversión al comunismo es el último escándalo con que ha regalado a sus admiradores. Ehrenbourg entona un ditirambo en su honor. (Pero, ¿quién sabe qué sorpresas el demoníaco Gide puede todavía reservarle?). Estos últimos ensayos sobre Malraux y Gide son para mi gusto los más débiles. Ehrenbourg maneja con más destreza el látigo que el incensario. Y nos imaginamos los alegres latigazos que hace algunos años habría dado a Gide: temas le sobaban: podía elegir entre el esteta sensual de las «Nourritures Terrestres», el protestante malgré lui, de «La Porte étroite», o el doctor en inversión de «Corydon».

Acabamos el libro, y ya hemos empezado a discutir con el autor, a sacudir el hechizo de su voz apasionada. Pero, reflexionando, venimos a pensar y debemos confesar que estas sátiras encierran ierta verdad. Es innegable que no se concilian los artículos en que François Mauriac afirma que la religión y la familia son



el mejor amparo del progreso moral de la humanidad, y las novelas del mismo autor, donde los miembros de esa sociedad fundada en la religión y en la familia, se retuercen horriblemente, como «un nido de víboras». Reconozcamos también, que los juegos malabares de las «Noches» de Morand, que tanto nos divertían hace una docena de años, hoy nos fastidian; pues, ¿a quién no fastidia la habilidad casi manual de una frase como ésta, tomada al azar: «Manuscritos y títulos al portador, atados con cintas de sosténsenos»? Tampoco disimularemos que las «Querellas de Familias» y otras homilias de Duhamel son latosas. ¿Y Proust? Proust, que «ha demostrado que se pueden llenar veinte páginas con la descripción de un kimono», Proust, de quien un amigo nuestro dice: «pongo por axioma que nadie ha leído las obras completas de Proust» Por fin, los surrealistas, que se proclaman jóvenes, representan la literatura en liquefacción, ya mal oliente.

Pero, dirá el lector, ¿y los grandes temas líricos? esos temas eternos,—el amor, la muerte, la naturaleza— que inspiraron a todos los poetas de todos los tiempos? . . . Ya no hay poetas: el último murió mucho antes que Monsieur Valery ingresara a la Academia.

De verdad, hay un acento sincero y algo trágico en el grito de Ilya Ehrenbourg: ¡Abramos las ventanas! El ambiente de esa literatura burguesa, agachada hacia el pasado y repantigada en un presente más o menos confortable, se vuelve irrespirable. ¡Abramos las ventanas! La literatura francesa actual no data de la última guerra, como lo cree Jean Richard Bloch. Es una vieja,

que nació con la revolución francesa y que hoy se halla vacía de toda substancia. En el mundo burgués que se sobrevive y que no se resigna a morir, el pensamiento está ya jubilado. Todos los temas están agotados. Será preciso un mundo nuevo, para que nazca una literatura nueva, joven y ardiente.

Aquí hay que citar textualmente: «La vida de la literatura es más breve que la vida de la sociedad; nace solamente cuando en vez del olor de cal y de pintura, se establece la atmósfera pesada de las piezas habitadas; y muere mucho antes de la catástrofe». ¿No fué acaso el destino de la literatura latina y de la literatura clásica francesa?

Según Ilya Ehrenbourg, ya empezó un gran interregno de la literatura: la burguesa ha muerto, la proletaria no ha nacido todavía, pues, «los Balzac y los Tolstoi no nacen en los talleres. Vendrán en su tiempo».

Ps.—Escritas estas líneas, nos tocó oír una charla de Vicente Huidobro ante un grupo de estudiantes, que se proclaman soviéticos. Huidobro trató de justificar la literatura pura (la propia por supuesto) y de darle un sitio preferente en la sociedad marxista. A pesar de estar su auditorio compuesto por definición de intelectuales, tuvo poco éxito; todo el entusiasmo se desvió hacia la señorita Brum, poetisa uruguaya, que, por cierto, no aspira al arte puro: sus composiciones son un llamado a las armas. Lo cual nos convence que en cualquier sociedad, burguesa o proletaria, andarán siempre divorciados el arte y la política, el ensueño y la acción.